

consecuencia de intrigas diabólicas urdidas en la corte de Constancio. El difunto Constantino había hecho educar á los tres hijos de su esposa Fausta en la religion cristiana; pero de esta educacion solo se habia sacado el fanatismo intolerante, y no los sentimientos humanos y caritativos; mientras que por otra parte tampoco habian heredado de su padre ni el talento ni las otras grandes cualidades, ni de su abuelo Constancio Cloro la grandeza de alma. Solo las cualidades y tendencias malas de sus progenitores y de sus res-



Sólido de oro de Constantino el Grande. Peso un 72 avo de libra romana, ó sean 4'55 gramos. En el anverso representa el busto de Constantino ciñendo la corona de laurel, con la leyenda: CONSTANTINVS P(ius) F(elix) AUG(ustus). El reverso presenta á la Victoria coronando á Constantino, con la leyenda: VICTORIA CONSTANTINI AUG(usti), y en la parte inferior el nombre SIRM (Sirmio), donde fué acuñado.

El ejemplar forma parte del Real Museo numismático de Berlin.

pectivas familias se habian trasmitido á los tres hermanos, que al parecer cediendo únicamente á la fuerza habian compartido en vida de su padre el gobierno del imperio con sus dos primos políticos. Desgraciadamente Constancio, el mas capaz de los tres hermanos, estaba rodeado de una camarilla perversa, que le dominó hasta su muerte y que se encargó de realizar los deseos secretos del emperador y de sus hermanos, procurando con astucia diabólica que toda la culpa del horroroso crimen que se iba á cometer recayera únicamente sobre la soldadesca y sus jefes acuartelados en Constantinopla.

Para dar el dominio exclusivo á los tres hermanos, se entendieron los conjurados con Constantino y Constante, los cuales otorgaron su consentimiento por escrito; y para asegu-

rar bien el golpe, se acordó matar no solamente á Dalmacio y Anibaliano sino tambien á todos los individuos de la línea colateral de Constantino el Grande y á sus parciales. Es posible que para incitar á la tropa de la capital á cometer la infame matanza de tantos individuos de la familia reinante y de otras personas que hacian sombra al emperador Constancio y á su descendencia directa, matanza que fué la primera que ensangrentó la nueva capital, y que debia despues repetirse tantas veces en tiempo de los emperadores bizantinos y de los sultanes turcos, se esparciera en los cuarteles y en toda la capital el rumor de que el difunto emperador habia muerto envenenado por sus hermanos políticos y antes de morir habia encargado á los que le rodeaban su venganza. Bien preparado todo, á principios del mes de setiembre del mismo año 337 estalló el motin militar; la tropa gritó que no queria mas emperadores que los hijos de Constantino, y en seguida pasó á cuchillo á todos los parientes de estos. Entonces fueron sacrificados los descendientes del segundo matrimonio de Constancio Cloro, á saber: los hermanos políticos del difunto Constantino el Grande, sus dos sobrinos Dalmacio y Anibaliano, atraidos probablemente con algun pretexto á la capital; seis nietos de Cloro; los esposos de las hembras de la familia y el influyente prefecto Ablavio. No miraron los asesinos que una de las víctimas, Julio Constancio, no era solamente hermanastro del difunto emperador sino tambien suegro del emperador Constancio, ni que Anibaliano era cuñado de este; lo que convenia era exterminar á toda la familia menos los tres hermanos, hijos de Constantino. Solo dos se libraron de la matanza, los niños Galo y Juliano, hijos del citado hermanastro de Constantino el Grande, Julio Constancio.

Un contemporáneo distinguido de este sangriento drama dice que el César Constancio, en cuya corte se habia tramado todo, si no ordenó tanta efusion de sangre, consintió en ella.

Hecha la matanza, el Senado, en 9 de setiembre del año 337, proclamó emperadores á los tres hijos de Constantino.

PARTE TERCERA

DESDE CONSTANTINO I HASTA LA MUERTE DE TEODOSIO I

CAPITULO PRIMERO

LOS CONSTANTINOS

El espantoso drama que acabamos de relatar fué el comienzo del último período del imperio romano unido, en el cual este gozó de una paz y tranquilidad interiores y exteriores relativas. No faltaron guerras terribles en las fronteras del Rin, del Danubio y del Eufrates, donde al fin salieron humilladas las armas romanas, sin otras tres no menos terribles en el interior, sobre todo una tan desastrosa para el imperio como la de Constantino y Licinio; pero hablando en general, desde la proclamacion de los hijos de Constantino el Grande hasta la muerte de Teodosio I, ó mejor dicho, hasta el paso del Danubio por el pueblo visigodo en masa, gozó el imperio cuarenta años de gobierno ordenado, comparado con las tempestades políticas y calamitosas del siglo III; de suerte que las creaciones de Diocleciano y de

Constantino llegaron á arraigarse completamente en todos conceptos y á producir sus naturales y trascendentales resultados.

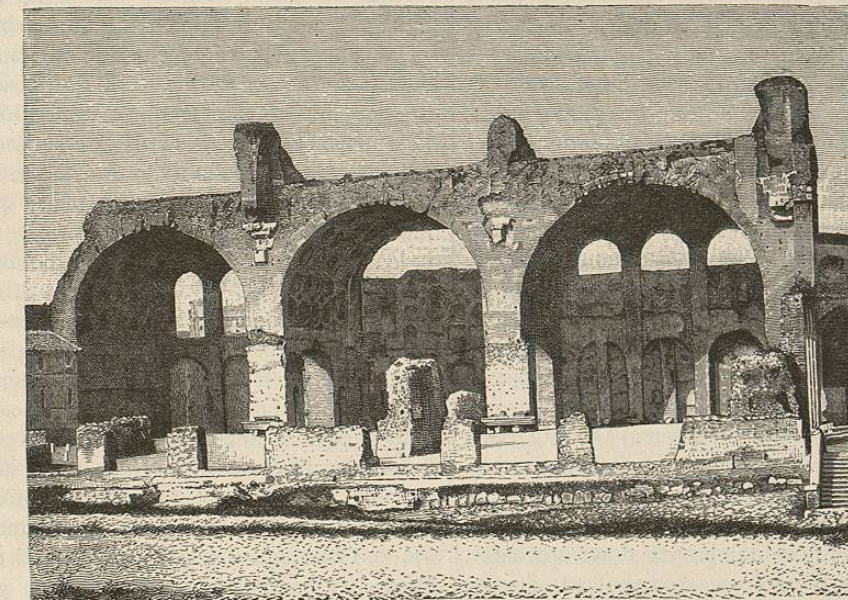
Tambien en este período hubo grandes figuras, en sentido bueno y malo, en la política, el ejército, la Iglesia y en el mundo pagano, que se iba desmoronando. Tampoco faltaron en aquel tiempo episodios poéticos, aunque el imperio, luchando por su existencia con esfuerzos desesperados, no estaba para idilios; pero mirado en globo, prevalecen sobre todo el cuadro un tono de fatídica lobreguez, una atmósfera angustiosa. Segun todos los datos que se han conservado de este período, el tronco itálico habia degenerado hasta exteriormente por efecto de las desgracias, las guerras, el hambre, la peste y la ruina de las haciendas que habian sobrevenido en el siglo III, tanto que la generacion del siglo V, especialmente de las clases altas, era fea y débil.

La union del imperio y su conservacion contra las embestidas de los pueblos bárbaros del Norte, hasta la terrible

batalla de Adrianópolis, durante el período que ahora nos ocupa, no se lograron sino á costa de grandes sacrificios y gastos, que gravitaron principalmente sobre la propiedad mediana y la poblacion rural. Los agentes de la administracion se extralimitaron á veces hasta un grado que demuestra la espantosa degeneracion moral de la época, degeneracion que unida al modo expeditivo, barbarizado, cruel y sanguinario de ejercer el poder judicial, explica cómo muchos griegos y romanos renegaron mas adelante de la civilizacion antigua, se pasaron á las filas de los bárbaros y ofrecieron sus servicios á los jefes guerreros de las tribus germánicas y hunas, que se hallaban todavia en el período primitivo de su civilizacion.

Los dos puntales que mas sostuvieron el imperio en este período fueron los germanos y la iglesia cristiana; pero ambas

fuerzas estaban destinadas á trasformar por completo el imperio y el mundo greco-romano. La Iglesia, cada dia mas pujante y victoriosa, fué reduciendo el número de los paganos, hasta que al fin de este período logró que se decretase la prohibicion de los cultos antiguos cuando á raíz de la batalla de Adrianópolis se abrió un nuevo período en la relacion de los pueblos germánicos con el imperio. Las luchas en el seno de la iglesia cristiana despertaron una nueva y enérgica vida en las comunidades, pero llegaron gradualmente á tal intensidad, que antes de concluir el siglo IV murieron por sentencia del poder civil los primeros cristianos por el nuevo crimen de herejía. Estas luchas dogmáticas perjudicaron grandemente á la propaganda religiosa, y al propio tiempo disminuyeron la fuerza moralizadora y civilizadora de la Iglesia. Esta se dejó arrastrar no solamente á persecuciones



Restos de la basílica de Constantino en Roma

cruelles y á la supresion de toda libertad de conciencia y de opinion religiosa, sino tambien á establecer la costumbre peligrosísima de considerar como de menor importancia la vida verdaderamente cristiana y como lo mas importante la fe ortodoxa, y esto cabalmente en aquellos puntos de sublimidad trascendental que salen del círculo ordinario del entendimiento humano. Paralelamente con esta intolerancia y estas guerras dogmáticas se desarrollaban y crecian la sed de dominio exclusivo, el odio feroz y el fanatismo ciego que pedian el aniquilamiento de todos cuantos se atrevian tener una opinion propia; pasiones salvajes que comprendian mejor que la moral cristiana las innumerables masas de almas vulgares, menguados restos del mundo antiguo, que habian entrado en el seno de la Iglesia desde que esta dominaba y contaba con la proteccion del gobierno. Al lado de esta parte sombría, la nueva fe era una fuente inagotable de consuelo para millares de corazones nobles del mundo antiguo; esparció una nueva luz en las almas sensibles, y produjo grandes figuras, á pesar de las miserias materiales de la justicia bárbara, de la administracion corrompida y de las tinieblas que se cernian sobre la sociedad de aquella época. El clero en general y una gran parte de los seglares cristianos se mantenian á la altura moral del verdadero cristianismo, y especialmente el episcopado siguió incansable su mision humanizadora cuando no se trataba de disputas dogmáticas.

Esta parte benéfica y silenciosa del trabajo del cristianismo, y sus consecuencias moralizadoras y regeneradoras en los hogares de innumerables familias honradas y sencillas de aquella época, permanece oculta á los esfuerzos del investigador de la posteridad; pero no la grandiosa beneficencia que se organizó en el mundo cristiano, si bien no podemos apreciarla en todos sus detalles y aspectos en el seno de las familias, sino solamente en la parte pública. El celo cristiano de los obispos fundó gran número de hospitales, casas de huérfanos y otros establecimientos para socorrer á los desvalidos y á los innumerables pobres y mendigos de aquellos tiempos calamitosos; establecimientos que el mundo antiguo pagano no conocia, porque no habia llegado á mas que á distribuciones de víveres á los pobres de las grandes ciudades en ocasiones extraordinarias. Por otro lado el cristianismo, por su recomendacion de renunciar al mundo y á sus goces y placeres engendró en las familias mas sensibles, sobre todo en el Oriente, el ascetismo, y este el cenobitismo. El Egipto, donde le habian practicado ya los judíos terapeutas, que vivian dedicados á la contemplacion en celdas y cuevas en la proximidad de los templos de Serapis y junto á la laguna Mareotis, vió los primeros anacoretas ó ermitaños cristianos, impulsados á esta vida por el hastío del mundo, ó por dedicarse á contemplaciones ascéticas, ó para expiar sus pecados. A mediados del siglo IV se habia aumentado tanto el número de anacoretas cristianos en el valle superior